

Jürgen Habermas (Düsseldorf, Alemania, 1929) es uno de los grandes filósofos contemporáneos, con hallazgos de pensamiento tan influyentes como el concepto de patriotismo constitucional. Sus posiciones bioéticas, sobre política europea

o contra la guerra de Irak, le colocan, además, en primera línea como intelectual comprometido. En enero de 2004 debatió en Múnich sobre los fundamentos morales prepolíticos del Estado liberal con Joseph Ratzinger, antes de que el

inquisidor romano fuese elegido Papa, y acaba de ganar un pleito contra el historiador Joachim Fest, que insinuó que había simpatizado con los nazis. Su obra *Entre naturalismo y religión* acaba de publicarse en España.

Jürgen Habermas / Filósofo

“No tuve ninguna posibilidad de identificarme con los nazis”

JUAN G. BEDOYA, Madrid
Pese a sostener aún hoy que “la vida de un filósofo es pobre en acontecimientos externos”, Jürgen Habermas, que cumplió en junio pasado 77 años, lleva décadas en la cresta de la ola, esta vez a cuento de una polémica sumamente desagradable para él: la acusación de que se relacionó con el nazismo, insinuada en la autobiografía del historiador Joachim Fest *Yo, no*. ¿Un nuevo caso Günter Grass, afiliado a las Waffen SS a los 17 años? ¿Acaso sirvió Habermas a los 16 años en el Ejército alemán en la II Guerra Mundial, como hizo el papa Joseph Ratzinger, dos años mayor? El filósofo acaba de ganar el pleito que inició contra Fest por difamación, y despacha el asunto casi con displicencia, absolutamente tranquilo. Desde hace décadas es una instancia moral universal, uno de los grandes filósofos modernos —un Hegel de este tiempo, se ha dicho—, lo que le trae y le lleva por el mundo, de tarde en tarde, desde su retiro en un lago de Baviera, dictando lecciones magistrales o presentando libros. En España acaban de publicarse su libro *Entre naturalismo y religión* (Paidós), y otro que firma junto a Ratzinger, que recoge el debate que ambos tuvieron hace dos años en la Academia Católica de Baviera sobre *Dialéctica de la secularización*. *Entre la razón y la religión* (Ediciones Encuentro).

Pregunta. No tengo más remedio que preguntarle por el pleito que ha ganado al historiador Fest por difamación. ¿Qué sensaciones tiene?

Respuesta. Diré sólo que el Tribunal Superior de Hamburgo ha prohibido a la editorial Rowohlt, a petición mía, la difusión del pasaje correspondiente por ser intencionadamente difamatorio.

P. En el primer capítulo de su último libro, hablando de la esfera pública política y de sus raíces biográficas, usted adelanta una explicación llamativa. Parece reducir su no relación con el nazismo a una mera cuestión de edad. “Tuve la suerte de un nacimiento tardío”, dice. Es como si Grass y Ratzinger despacharan sus respectivas circunstancias afirmando que tuvieron la desgracia de haber nacido antes de tiempo, dos años antes que usted. ¿Tan sencillo como eso?

R. Únicamente he mencionado la feliz circunstancia de que nosotros éramos lo bastante mayores como para poder recordar aún nuestra juventud bajo el régimen nazi, pero demasiado jóvenes como para poder hacernos culpables de los crímenes de ese régimen. Yo, personalmente, debido a mi *handicap* [tiene una nasalización distorsionada], no tenía además ninguna posibilidad de identificarme con la visión del mundo entonces dominante. Pero reflexiones de este tipo no disculpan a quienes en

aquella época se convirtieron en criminales o en cómplices. Lo peor de nuestro gravoso pasado nacional estriba en la circunstancia de que un régimen obviamente criminal fuera respaldado durante tanto tiempo por una parte tan amplia de la población.

P. Si volviera a tener que pensar en Heidegger contra Heidegger como lo hizo, con ese título, en los años cincuenta del siglo XX (o en el caso Carl Schmitt, del que escribí poco más tarde), ¿volvería a sentir el mismo escándalo, la misma perturbación? ¿No cree que el tiempo deja en peor situación sus comportamientos y, sobre todo, las explicaciones: como mero reflejo de un “desvarío no imputable personalmente”?

R. No veo motivo para cambiar una sola letra de mis críticas. Los sentimientos, naturalmente, cambian con el paso del tiempo. En 1953 era estudiante y me sentí engañado por Heidegger como profesor académico, porque negaba su corresponsabilidad en lo ocurrido.

P. ¿Qué sensaciones le produjo el reciente desvelamiento por Günter Grass de su afiliación voluntaria a las Waffen SS?

R. Para mí es un enigma el por qué no ha hablado antes sobre ello.

P. Imaginamos a los filósofos siempre pensando, poco peripatéticos, con una vida “pobre en acontecimientos externos”. Pero no puede decirse que la suya sea una vida sin convulsiones. Perteneció usted a una generación comprometida. ¿Cómo han marcado esas circunstancias su filosofía?

R. Sólo podría responder a esta pregunta con una autobiografía. Pero muchas veces he hablado sobre la censura moral que significaron para nosotros las revelaciones sobre los campos de concentración en el verano de 1945, como también, algo después, los procesos de Núremberg.

P. Usted ha intervenido con frecuencia en debates sobre la llamada “reelaboración” del pasado nacionalsocialista, sobre la unidad europea o sobre diversos problemas de bioética. Y ha lamentado el “deplorable nivel discursivo de las controversias políticas”. ¿No cree que todo va a peor?

R. Retrospectivamente, el pasado siempre nos parece mejor de lo que fue.

P. Le he escuchado que usted habla cuando lo cree necesario, “sin ser preguntado”, “sin que tenga que recibir encargo por parte



Jürgen Habermas. / REUTERS

“Lo peor de nuestro gravoso pasado es que un régimen obviamente criminal como el nazi fuera respaldado durante tanto tiempo por tanta gente”

“En 1953 yo era estudiante y me sentí engañado por Heidegger como profesor académico, porque negaba su corresponsabilidad en lo ocurrido en Alemania”

“Para mí, es un enigma el por qué Günter Grass no ha hablado antes sobre su afiliación voluntaria a las Waffen SS”

alguna”. ¿No cree que, desgraciadamente, es un caso aislado entre la intelectualidad europea?

R. No, en todos los países europeos existe una tradición de intelectuales influyentes que hoy también sigue desarrollándose.

P. Sin embargo, ha dicho que “en los puestos oficiales los intelectuales dejan de ser intelectuales”. Todo un desafío ético.

R. Existen magníficos ejemplos de intelectuales que al mismo tiempo han ocupado cargos gubernamentales, como André Malraux,

Octavio Paz o Jorge Semprún. Pero, en la medida en que hablan por un partido o por un Gobierno, cambian de lado. Nada se puede objetar a esto.

P. Usted debatió hace dos años con el entonces cardenal Ratzinger en la Academia Católica de Baviera. Meses después el teólogo dogmático, jefe de la inquisición romana, fue aupado al pontificado. ¿Mejorará la relación de esa poderosa Iglesia con la modernidad?

R. Como es natural, me parece elogiable que el Papa subraye la

racionalidad de la fe cristiana. Pero en su discurso de Ratisbona atribuyó este mérito a la helenización del cristianismo y a la relación del cristianismo con la metafísica griega. Esto contiene una doble provocación. Por un lado, la modernidad piensa más bien posmetafísicamente. El concepto fuerte de razón metafísica se ha hecho problemático. Con esto quiero decir que hoy preferimos que sean Kant o Wittgenstein, antes que Platón, quienes nos ilustren sobre qué quiere decir “racional”. ¿Debemos, pues, volver más atrás de estos modos modernos de pensar? Por otro lado, la imbricación de la racionalidad de la fe cristiana con una vía filosófica específicamente occidental también plantea la pregunta por la exclusividad del acceso a la fe: ¿no hay caminos, en otras tradiciones, que conducen a una fe “racional”, compatible con la renuncia a la violencia propia de la democracia y de los derechos humanos?

P. Se le creía a usted, como diría Max Weber, un filósofo “carente de oído musical para la religión”. Sus últimas reflexiones desmenten esa impresión. ¿Qué escucha ahora, ante las nuevas convulsiones entre religiones y culturas?

R. Ciertamente, soy amusical ante la religión, como Weber. Pero en mi opinión, en la esfera pública política los ciudadanos seculares y religiosos, como miembros de la misma comunidad política, deben abordarse con respeto mutuo y disposición a aprender recíprocamente, es decir, con los oídos abiertos. No creo en un choque inevitable de civilizaciones. Sólo podemos integrar a inmigrantes de orígenes culturales y religiosos ajenos si, por nuestra parte, también abrimos nuestras formas nacionales de vida. La integración no es una vía de sentido único, sino que exige la ampliación del propio horizonte. Naturalmente, el Estado democrático de derecho debe imponer sus normas. Pero eso no lo niega nadie. Por tal motivo, combatir el odio y la violencia exige una autoconciencia tranquila, no afán de provocar. En la misma medida en que la guerra contra el terrorismo no es una guerra, tampoco ese imaginario *islamofascismo* es una magnitud espiritual que nos amenace. Quien se dedique a jugar con este sinsentido lo que hace es tocar a rebato contra un indeterminado enemigo interior. Debemos precavernos frente a semejante militarización del espíritu occidental.